

La educación artística y científica

Sábado, 28 de noviembre

No hay nada que esté mejor calculado para vivificar la mente y fortalecer el intelecto que el estudio de la Palabra de Dios. Ningún otro libro es tan potente para elevar los pensamientos, y dar vigor a las facultades, como las amplias y ennoblecedoras verdades de la Biblia. Si la Palabra de Dios fuera estudiada como debiera serlo, los hombres tendrían una amplitud de opiniones, una nobleza de carácter y una estabilidad de propósito que rara vez se ve en estos tiempos. La búsqueda de la verdad recompensará a cada paso al que ande tras ella; cada descubrimiento abrirá campos más ricos para su investigación (*Consejos para los maestros*, p. 444).

La tarea de cada maestro y padre debería ser la de ligar la mente de los niños y jóvenes a las grandes verdades de la Palabra inspirada. Esta es la educación esencial para esta vida y la venidera. Y no se crea que esto coarta el estudio de la ciencia o rebaja el nivel de la educación. El conocimiento de Dios es tan ennoblecedor y vigorizante como el estudio de los grandes temas referentes a nuestra vida eterna. Aspan los jóvenes esas verdades de origen divino, y su mente se desarrollará y fortalecerá con el esfuerzo. Eso transportará a cada joven hacedor de la Palabra a un mundo de pensamiento más amplio y habrá de procurarle una riqueza de ciencia impercedera (*Mi vida hoy*, p. 110).

Dios invita a los maestros a contemplar los cielos y estudiar sus obras en la naturaleza. “Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos. Un día emite palabra a otro día, y una noche a otra noche declara sabiduría. No hay lenguaje, ni palabras, ni es oída su voz”. Salmos 19:1-3. ¿No nos esforzaremos por comprender las obras maravillosas de Dios? Haremos bien en leer a menudo el Salmo 19 a fin de comprender cómo vincula Dios su ley con sus obras creadas.

¿Podremos encontrar para nuestras escuelas algún libro de texto que esté tan lleno de declaraciones profundas y fervientes como la Palabra del Dios vivo? Entonces, ¿por qué se habría de dejarla a un lado por los escritos de autores incrédulos? ¿Qué libro más valioso podría ponerse en las manos de los estudiantes que aquél, que les enseña cómo pueden heredar la vida eterna? En nuestras escuelas deben recordarse

las lecciones de la historia bíblica a los jóvenes para que los que no aman a Dios y no tienen interés en las cosas espirituales, puedan interesarse y aprender a amar la Palabra...

Tenga el alumno su Biblia siempre consigo, y a medida que se presente la oportunidad, lea un texto y medite sobre él. Mientras anda por las calles, espera en una estación de ferrocarril, aguarda el momento de una cita, aproveche la oportunidad de adquirir algún precioso pensamiento del tesoro de verdad (*Consejos para los maestros*, pp. 438, 446, 447).

Domingo, 29 de noviembre: Solo el Señor

Al principio, Dios se revelaba en todas las obras de la creación. Fue Cristo quien extendió los cielos y echó los cimientos de la tierra. Fue su mano la que colgó los mundos en el espacio, y modeló las flores del campo. Él “asienta las montañas con su fortaleza”, “suyo es el mar, pues que él lo hizo”. Salmo 65:6; 95:5. Fue él quien llenó la tierra de hermosura y el aire con cantos. Y sobre todas las cosas de la tierra, del aire y el cielo, escribió el mensaje del amor del Padre...

Aun ahora todas las cosas creadas declaran la gloria de su excelencia... Las flores exhalan fragancia y ostentan su belleza para beneficio del mundo. El sol derrama su luz para alegrar mil mundos. El océano, origen de todos nuestros manantiales y fuentes, recibe las corrientes de todas las tierras, pero recibe para dar. Las neblinas que ascienden de su seno, riegan la tierra, para que produzca y florezca (*El Deseado de todas las gentes*, pp. 11, 12).

La Biblia nos presenta todo lo que la mente puede asir. Ella es nuestro alimento espiritual. Hemos de contemplar las obras maravillosas de Dios, y repetir a nuestros hijos las lecciones aprendidas, a fin de que podamos inducirlos a ver su habilidad, poder y grandeza en sus obras creadas (*Consejos para los maestros*, p. 438, 439).

[M]ediante la creación hemos de familiarizarnos con el Creador. El libro de la naturaleza es un gran libro de texto, que debemos usar conjuntamente con las Escrituras para enseñar a los demás acerca del carácter de Dios y para guiar a las ovejas perdidas de vuelta al aprisco del Señor. Mientras se estudian las obras de Dios, el Espíritu Santo imparte convicción a la mente. No se trata de la convicción que producen los razonamientos lógicos; y a menos que la mente haya llegado a estar demasiado oscurecida para conocer a Dios, la vista demasiado anublada para verlo, el oído demasiado embotado para oír su voz, se percibe un significado más profundo, y las sublimes verdades espirituales de la Palabra escrita quedan impresas en el corazón (*Palabras de vida del gran Maestro*, p. 13, 14).

“Grandes son las obras de Jehová; buscadas de todos los que las

quieren... Hizo memorables sus maravillas: clemente y misericordioso es Jehová". Salmo 111:2-4...

El que puso las perlas en el océano y la amatista y el crisólito entre las rocas es un amante de la belleza. El sol naciente es un representante del que es luz y vida de todo lo que creó...

Y al gozar de las dádivas, ¿olvidaremos al Dador? Por lo contrario, aquellas deben inducirnos a contemplar su bondad y amor. Todo lo que hay de bello en nuestro hogar terrenal tendría que hacernos pensar en el río de cristal y los verdes prados, los árboles cimbreados y las fuentes vivas, la ciudad resplandeciente y los cantantes vestidos de blanco de nuestro hogar celestial, mundo de hermosura que ningún artista puede representar en el lienzo, y que ninguna lengua mortal puede describir (*Mi vida hoy*, p. 180).

Lunes, 30 de noviembre: La hermosura de la santidad

Tomad la Biblia como libro de estudio, y ved si no seréis llenos del amor de Dios. Vuestro corazón puede ser estéril, vuestro intelecto débil; pero si queréis estudiar con oración la Palabra de Dios, fulgurará la luz en vuestra mente. Dios obrará con todo estudiante diligente. Los educadores que quieran aprender del gran Maestro, comprenderán la ayuda de Dios como Daniel y sus compañeros, acerca de quienes dice el relato: "A estos cuatro muchachos Dios les dio conocimiento e inteligencia en todas las letras y ciencias: y Daniel tuvo entendimiento en toda visión y sueños". Daniel 1:17 (*Consejos para los maestros*, p. 440).

Dios invita a los hombres a verle en las maravillas de los cielos. "Levantad en alto vuestros ojos —dice— y mirad quién creó estas cosas; él saca y cuenta su ejército; a todas llama por sus nombres; ninguna faltará; tal es la grandeza de su fuerza, y el poder de su dominio". Isaías 40:26. Dios quiere que estudiemos las obras del infinito, y aprendamos de ese estudio a amarle, reverenciarle y obedecerle. Los cielos y la tierra, con sus tesoros, enseñan las lecciones del amor de Dios, de su cuidado y poder (*Consejos para los maestros*, p. 441).

"El hombre ve lo que aparece, mas el Señor ve el corazón". 1 Samuel 16:7. El corazón humano con sus encontradas emociones de gozo y de tristeza, el extraviado y caprichoso corazón, morada de tanta impureza y engaño. El Señor conoce sus motivos, sus mismos intentos y designios. Id a él con vuestra alma manchada tal cual está. Como el salmista, abrid sus cámaras al ojo que todo lo ve, exclamando: "¡Escudriñame, oh Dios, y conoce mi corazón: ensáyame, y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí algún camino malo, y guíame en el camino eterno!" Salmo 139:23, 24 (*El camino a Cristo*, p. 35).

Su tierna compasión caía con un toque sanador sobre los corazones cansados y atribulados. Aun en medio de la turbulencia de enemigos

airados, estaba rodeado por una atmósfera de paz. La hermosura de su rostro, la amabilidad de su carácter, sobre todo el amor expresado en su mirada y su tono, atraían a él a todos aquellos que no estaban endurecidos por la incredulidad. De no haber sido por el espíritu suave y lleno de simpatía que se manifestaba en todas sus miradas y palabras, no habría atraído las grandes congregaciones que atraía. Los afligidos que venían a él sentían que vinculaba su interés con los suyos como un amigo fiel y tierno, y deseaban conocer más de las verdades que enseñaba. El cielo se acercaba. Ellos anhelaban permanecer en su presencia, y que pudiese acompañarlos de continuo el consuelo de su amor.

La vida de Jesús de Nazaret era diferente de la de todos los demás hombres. Su vida entera estuvo caracterizada por la benevolencia desinteresada y la belleza de la santidad. En su seno se encontraba el amor más puro, libre de toda mancha de egoísmo y pecado. Su vida fue perfectamente armoniosa. Él es el único verdadero modelo de bondad y perfección (*Mente, carácter y personalidad*, t. 1, pp. 186, 187).

Martes, 1 de diciembre: Expertos en el error

Es de vital importancia que escudriñemos las Escrituras diariamente, de modo que podamos conocer el camino del Señor, y que no seamos engañados por falacias religiosas. El mundo está lleno de teorías falsas e ideas espiritistas seductoras, que tienden a destruir las claras percepciones espirituales y a apartar de la verdad y la santidad. Especialmente en estos tiempos, es necesario que prestemos atención al consejo: “Nadie os engañe con palabras vanas”.

Debemos tener sumo cuidado, no sea que malinterpretemos las Escrituras. Las sencillas enseñanzas de la Palabra de Dios no han de ser tan espiritualizadas que se pierda de vista la realidad. No fuercen demasiado el significado de las oraciones en la Biblia en el intento de extraer algo novedoso con el fin de agradar a la imaginación. Tomen las Escrituras según están expresadas. Eviten las vanas especulaciones (*Alza tus ojos*, p. 314).

Ningún hombre, mediante presentaciones científicas, guíe las inteligencias a apartarse de lo real hacia lo imaginario. Dios llama a hombres que, en medio de la idolatría que se le rinde a la naturaleza, dirijan sus miradas al Dios de la naturaleza. El Señor utiliza la naturaleza como una sierva, con el fin de revelar su poder. Estas cosas, objetos de su creación, manifiestan la obra de sus manos. De todo lo que él ha creado, el hombre, la obra máxima de su creación, es el que más tremendamente lo ha deshonrado. En el juicio, los seres humanos aparecerán delante de Dios avergonzados y condenados, porque aunque se les dio inteligencia, raciocinio y la facultad del habla, no obedecieron la ley del Altísimo...

El hombre es solo eso, un hombre. Las palabras que salen de sus labios no han de ser consideradas como provenientes de Dios. A menos que Dios permanezca al lado de ellos en su servicio, y trabaje con ellos,

no son nada. Es el colmo de la insensatez que el pueblo de Dios ponga su confianza en los hombres y haga de la carne su brazo derecho (*Alza tus ojos*, p. 292).

Los que leen y escuchan las sofisterías que predominan en esta época, no conocen a Dios tal como es. Contradicen la Palabra del Señor, exaltan y adoran a la naturaleza en lugar del Creador. Aunque podemos discernir la obra de Dios en las cosas que creó, estas no son Dios. La voz de la naturaleza se oye por la influencia que tiene sobre los sentidos. Su voz, declara la Palabra, se escucha hasta el fin del mundo. La creación física da testimonio de Dios y de Jesucristo como excelso Creador de todas las cosas. “Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres”. Juan 1:3, 4...

En la actualidad, los hombres aseveran que las enseñanzas de Cristo con respecto a Dios no pueden verificarse por medio de las maravillas del mundo natural, porque la naturaleza no se halla en armonía con el Antiguo y Nuevo Testamento. Esta supuesta falta de conformidad entre aquélla y la ciencia no existe. La Palabra del Dios de los cielos no concuerda con la ciencia humana, pero está en perfecto acuerdo con su propia ciencia creada (*Alza tus ojos*, p. 276).

Miércoles, 2 de diciembre: La necedad y la sabiduría

Dios invita a sus criaturas a apartar su atención de la perplejidad que los rodea, y a admirar las obras de sus manos. Mientras las estudiamos, los ángeles del cielo estarán a nuestro lado para iluminar nuestra mente, y protegerla contra los engaños de Satanás. Mientras miramos las cosas admirables que la mano de Dios ha hecho, sienta nuestro corazón orgulloso e insensato su dependencia e inferioridad. ¡Cuán terrible es no reconocer a Dios cuando debiera hacerse! ¡Cuán triste es humillarse cuando es demasiado tarde! (*Consejos para los maestros*, p. 441).

De la naturaleza obtenemos solo una idea imperfecta de la grandeza y la majestad de Dios. Vemos la obra de su poder y de su sabiduría, pero él en sí mismo está más allá de nuestra comprensión. El océano, la catarata y la escarpada y alta montaña, revelan solo imperfectamente la obra de sus manos. Satanás ha introducido el caos y la deformidad en la creación del Señor. Se necesita algo más que la naturaleza para revelar el carácter del Padre...

En estos días se enseñan como verdad muchos engaños. Algunos de nuestros hermanos han enseñado opiniones que nosotros no podemos aprobar. Se están introduciendo ideas extravagantes, interpretaciones extrañas y forzadas de las Escrituras. Dichas enseñanzas pueden parecer solo pequeñeces ahora, pero crecerán y se convertirán en trampas para los [no] experimentados (*Alza tus ojos*, p. 314).

En la enseñanza en parábolas usada por el Salvador se halla una indicación de lo que constituye la verdadera “educación superior”. Cristo podría haber abierto ante los hombres las más profundas verdades de la ciencia. Podría haber descubierto misterios cuya penetración habría requerido muchos siglos de fatiga y estudio. Podría haber hecho insinuaciones en los ramos científicos que habrían proporcionado alimento para el pensamiento y estímulo para la inventiva hasta el fin de los tiempos. Pero no lo hizo. No dijo nada para satisfacer la curiosidad o para gratificar las ambiciones de los hombres abriéndoles las puertas a las grandezas mundanas. En toda su enseñanza, Cristo puso la mente del hombre en contacto con la Mente infinita. No indujo a sus oyentes a estudiar las teorías de los hombres acerca de Dios, su Palabra o sus obras. Les enseñó a contemplarlo tal como se manifestaba en sus obras, en su Palabra y por sus providencias.

Cristo no trató de teorías abstractas, sino de aquello que es esencial para el desarrollo del carácter, aquello que aumenta la capacidad del hombre para conocer a Dios y amplía su eficiencia para lo bueno. Habló a los hombres de aquellas verdades que tienen que ver con la conducta de la vida y que abarcan la eternidad (*Palabras de vida del gran Maestro*, pp. 12, 13).

[Pablo] buscó los resultados de su obra al concluir sus labores. De la gran asamblea que había escuchado sus elocuentes palabras, solo tres se habían convertido a la fe. Entonces él decidió que a partir de ese momento mantendría la sencillez del evangelio. Estaba convencido de que la sabiduría del mundo era impotente para conmover los corazones de los hombres, pero que el evangelio era el poder de Dios para salvación (Comentarios de Elena G. de White en *Comentario bíblico adventista del séptimo día*, t. 6, p. 1062).

Jueves, 3 de diciembre: El Señor le respondió a Job

En la ciencia verdadera no puede haber nada que sea contrario a la Palabra de Dios porque ambas tienen el mismo Autor. Un entendimiento correcto de ambas siempre confirmará que están en armonía la una con la otra. La verdad, bien sea en la naturaleza o en la revelación, está en armonía consigo misma en todas sus manifestaciones. Pero la mente que no está iluminada por el Espíritu de Dios siempre estará en tinieblas con respecto a su poder. Esta es la razón por la cual las ideas humanas acerca de la ciencia muy a menudo contradicen las enseñanzas de la Palabra de Dios (*Testimonios para la iglesia*, t. 8, p. 269).

En [las] lecciones que se obtienen directamente de la naturaleza hay una sencillez y una pureza que las hace del más elevado valor. Todos necesitan las enseñanzas que se han de sacar de esta fuente. Por sí misma, la hermosura de la naturaleza lleva al alma lejos del pecado y de las atracciones mundanas y la guía hacia la pureza, la paz y Dios.

Demasiado a menudo las mentes de los estudiantes están ocupadas por las teorías y especulaciones humanas, falsamente llamadas ciencia y filosofía. Necesitan ponerse en íntimo contacto con la naturaleza. Aprendan ellos que la creación y el cristianismo tienen un solo Dios. Sean enseñados a ver la armonía de lo natural con lo espiritual. Conviértase todo lo que ven sus ojos y tocan sus manos en una lección para la edificación del carácter. Así las facultades mentales serán fortalecidas, desarrollado el carácter, y ennoblecida la vida toda (*Palabras de vida del gran Maestro*, p. 14).

La naturaleza es un poder, pero el Dios de la naturaleza es ilimitado en poder. Sus obras manifiestan su carácter. Los que lo juzgan por las obras de sus manos, y no en base a las suposiciones de los grandes hombres, verán su presencia en todas las cosas. Contemplan su sonrisa en el alegre brillo del sol, y su amor y cuidado por el hombre en los ricos campos del otoño. Aun los adornos de la tierra, como se observa en la hierba de vivo verdor, en las hermosas flores de todo matiz y en los altos y variados árboles del bosque, testifican acerca del cuidado tierno y paternal de nuestro Dios, y de su deseo de hacer felices a sus hijos.

El poder del gran Dios se ejerce en favor de los que lo temen. Escuchad las palabras del profeta: “¿No has sabido, no has oído que el Dios eterno es Jehová, el cual creó los confines de la tierra? No desfallece, ni se fatiga con cansancio, y su entendimiento no hay quien lo alcance. Él da esfuerzo al cansado, y multiplica las fuerzas al que no tiene ningunas. Los muchachos se fatigan y se cansan, los jóvenes flaquean y caen; pero los que esperan a Jehová tendrán nuevas fuerzas; levantarán alas como las águilas; correrán, y no se cansarán; caminarán, y no se fatigarán”. Isaías 40:28-31 (*Mensajes selectos*, t. 3, pp. 354, 355).

Viernes, 4 de diciembre: Para estudiar y meditar

Testimonios para la iglesia, t. 8, “Los resultados del pecado”, pp. 266, 267;

A fin de conocerle, 18 de mayo, “La voz de la naturaleza”, pp. 144, 145.